Muchas gracias, señor Presidente.

Permítanme, señorías, que antes de comenzar mi intervención me sume a la tristeza que experimentan los españoles por los dos militares que acaban de morir en acto de servicio durante una acción bélica en Afganistán. Ellos y sus compañeros heridos merecen el homenaje de toda la Nación, al que yo quiero aportar el de mi grupo parlamentario y el mío personal.

Y desde aquí quiero enviar un cariñoso recuerdo a los familiares y compañeros de los fallecidos y nuestro deseo de pronta recuperación a los convalecientes.

Señorías: El debate sobre el *estado de la Nación* surgió para enriquecer la vida

parlamentaria con un análisis general de la situación española; una visión panorámica que el día a día no permite.

Ahora, sin embargo, vivimos en la paradoja de que el debate extraordinario se nos ha convertido en cotidiano.

Ya no es preciso reservar un día para este propósito. El *estado de la Nación* ha alcanzado tal gravedad que, cada vez que tomamos la palabra en esta Cámara, no hablamos de otra cosa.

No sólo aquí. Ocurre lo mismo en la calle, en las familias, en las empresas, en los periódicos… hasta en las urnas han

hablado los españoles del *estado de la Nación*.

España está en permanente debate sobre su propio estado y sobre las expresiones más graves de su malestar: el desempleo para quienes viven de su trabajo, y la falta de liquidez para quienes quisieran crearlo, pero no pueden.

Comparado con éstos, los demás problemas parecen menguar, como si perdieran brillo e interés para la gente. No es así pero, por desgracia, llega a parecerlo.

Es evidente, pues, señorías, que la cuestión que debatimos aquí hoy, no es si España está bien o está mal, puesto que todo el mundo reconoce que está muy mal. Discutirlo sería tan trivial, tan irrelevante como debatir si hoy hace calor en Madrid.

Tampoco está en discusión si estamos mejor o peor que hace un año, porque manifiestamente estamos peor.

El balance del propio Gobierno lo proclama abiertamente.

Si hace un año el número de parados era de 4 millones seiscientos mil, ahora es de 4 millones novecientos mil. Con el

señor Rodríguez Zapatero ha alcanzado un máximo histórico.

- Si hace un año el paro juvenil alcanzaba la tasa del 42%, ahora está en el 45,40%. ¡Son cerca de novecientos mil jóvenes que buscan un trabajo sin encontrarlo, señorías! Otro máximo histórico.

- La deuda pública va a alcanzar este año más del 67% del PIB. Señorías, estamos hablando de más de setecientos treinta mil millones de euros; nunca en la historia de nuestro país habíamos alcanzado una cifra semejante. Este es el segundo gran legado del señor Rodríguez Zapatero y el que, sin duda, nos dejará los recuerdos más perdurables.

- La prima de riesgo de nuestra deuda, que está en 277 puntos, 80 más que hace

un año. Para que se hagan una idea, señorías, esa diferencia le cuesta a la economía española, frente al exterior, 9.600 millones de euros al año. Un impacto semejante a que subiera el precio del petróleo en 25 dólares el barril

- El número de parados de larga duración se ha incrementado en cuatrocientas treinta mil personas y supera ya la cifra de dos millones cien mil.

- Los hogares españoles con todos sus miembros en el paro pasan ya del millón trescientos mil.

- En un año se han cerrado 26.500 empresas.

- Y no vale, señorías, escudarse en la crisis internacional aplicando el viejo

refrán, "*mal de muchos, consuelo de tontos*". No señorías; mientras que el paro en España subía en trescientas mil personas, en Alemania, por ejemplo, se reducía en cerca de quinientas mil. Seguimos retrocediendo, señorías. La renta per cápita de los españoles, en comparación con la media de la Unión Europea, ha bajado dos puntos en 2010.

Estos son los hechos objetivos, al margen de las valoraciones que puedan merecer.

Estas son las cifras que facilitan el propio Gobierno o la Unión Europea.

Este es el estado de la Nación, sin adornos, sin retoques, sin disimulos.

El mismo que denunciábamos hace un año, pero, desgraciadamente, peor.

Por eso no es extraño que según el último barómetro del CIS, el 84% de los españoles crean que la situación económica de España es mala o muy mala, casi cuatro puntos más que hace un año.

Así pues, la insistencia del señor Rodríguez Zapatero en el desacierto, que tanto aplauden sus seguidores, nos deja más pobres, más endeudados, más lejos de los países punteros de Europa y, eso sí, más escarmentados.

No son estos, por desgracia, los únicos problemas que sufren los españoles: ahí está la educación, la financiación de las

comunidades autónomas y ayuntamientos, la poquedad de nuestra política exterior, el deterioro institucional, lo que ha ocurrido con BILDU… Me gustaría hablar de todo ello, porque en todos los terrenos se refleja nuestra lamentable decadencia.

Pero permítanme un minuto porque a propósito de BILDU, no puedo dejar de referirme a la situación creada por su entrada en las instituciones municipales y forales del País Vasco y Navarra.

Dejé de manifiesto en su momento mi discrepancia, a la par que mi acatamiento, con los criterios aplicados por el Tribunal Constitucional, contrarios a nuestra convicción de que estábamos

ante una nueva trampa de ETA para volver a colarse en la vida institucional.

Esa convicción, por otra parte, es la misma que han expresado las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, la Fiscalía y la Abogacía del Estado y el Tribunal Supremo. Esa convicción, señorías, no se funda en el prejuicio sino en la experiencia y el sentido común. Esa convicción, señorías, se está viendo confirmada por los hechos. Han vuelto la intimidación, la chulería y el desprecio a la ley a los Ayuntamientos y a las Diputaciones Vascas.

Pero, además de la Ley de Partidos, que continúa manteniendo plena vigencia, nos hemos dotado de

instrumentos, a través de la última reforma de la Ley Electoral, que permiten determinar la incompatibilidad sobrevenida de aquellos representantes elegidos que incurran en conductas incompatibles con la democracia.

A esos instrumentos hay que acudir, y acudir sin demoras ni complejos, en cuanto haya causa objetiva para ello, algo que –por lo visto estos días- puede ya haber sucedido.

Quiero instar al Gobierno, con toda serenidad, pero con toda firmeza, a que permanezca muy vigilante y no contemporice ni pase por los hechos consumados. Para eso hemos modificado la ley, para que los violentos y quienes

los amparan y justifican no se salgan con la suya. Tienen que saber –el Gobierno con sus hechos les debe hacer saber- que los demócratas no les vamos a pasar ni una chulería, ni una amenaza, ni una vulneración de la Ley.

No digo más porque mi tiempo esta muy tasado, y debo reservarlo para lo que, por su magnitud, por sus repercusiones y por su urgencia, tiene secuestrada la atención preferente de los españoles. Me refiero a la situación de la economía y sus repercusiones en la vida de nuestros compatriotas.

La gravedad de la situación la he resumido antes, señorías; pero ya les

digo que no es esto lo que se discute hoy.

Si dijéramos mañana a los españoles que, tras un sesudo debate de dos días, hemos concluido que estamos mal, incluso que estamos peor que hace un año, lo más suave que podríamos escuchar sería que "*para ese viaje no se necesitan alforjas*".

Porque es obvio y, al serlo, no se discute, no está en cuestión.

Y el señor Rodríguez Zapatero lo sabe, aunque se empeñe en disimularlo.

Es comprensible que trate de amortiguar la extensión de la calamidad. Y si no lo consigue, es normal que trate de eludir su responsabilidad con excusas. Y si no lo consigue, es normal que intente compensar el descalabro con presuntos avances sociales. Y si ni aún así lo consigue, es normal que ilumine las esperanzas con promesas rotundas y perspectivas halagüeñas.

Eso es, exactamente, lo que está ocurriendo. El señor Rodríguez Zapatero, en un vano intento de eludir la verdadera cuestión, recorre todo el abanico de excusas, adornos, promesas y esperanzas.

Su excusa favorita consiste en culpar de nuestros problemas a la crisis internacional, a la perversidad ajena, a la

codicia… a quien se ponga a tiro, incluso al Partido Popular. Como si lo que ocurre en España, fuera ajeno a la actuación del Gobierno; o como si nos estuviera ocurriendo lo mismo que a todos los demás países, cosa que, desgraciadamente para nosotros, no es cierta. Porque hemos pasado en muy poco tiempo de codearnos con los mejores al furgón de cola de los más tristes.

No debiera equivocarse el señor Rodríguez Zapatero: Nadie le acusa por crear la crisis.

Se le acusa porque la negó contra toda evidencia.

Se le acusa porque, en su momento, equivocando el diagnóstico, nos inundó con paquetes de medidas, contradictorias muchas de ellas, que no hicieron sino empeorar objetivamente la situación.

Se le acusa por alimentarla, por extenderla en el tiempo.

Se le acusa por engañar para ocultar la realidad, por acumular tantos errores como planes ha abordado, porque no quiso rectificar hasta que se le impuso desde fuera; y aún así a medias…

Se le acusa por haber despilfarrado la mejor herencia económica que haya tenido ningún gobierno de España jamás.

Se le acusa por dejar a medio hacer las reformas que exigen los parados, que exige Europa y que exige el sentido común.

No es la crisis, señorías. Es la manera particular que tiene este Gobierno de afrontar la crisis, de escamotear sus propias responsabilidades, de empobrecer al país y, para remate, ofrecerse como redentor del mismo daño que ha provocado.

Por eso, como el señor Rodríguez Zapatero sabe que ya no se cotizan sus excusas, apela a las atenuantes, en particular a eso que llama política social.

Ya dedicamos, no hace mucho, un debate monográfico a este tema y, para

quien supo y quiso escuchar, quedó claro el abismo que media entre sus palabras y la realidad que conocen millones de españoles.

Parece un contrasentido que hable de política social el Gobierno de un país que se desangra por el paro y por la deuda, que arruina a centenares de miles de pequeñas empresas y trabajadores autónomos, reduce la capacidad adquisitiva a los pensionistas, el sueldo a los funcionarios y suprime prestaciones sociales tan pronto como pierden su eficacia publicitaria y electoral.

Esas cosas que dice su señoría sobre la política social, ya no las toma en serio nadie, y menos que nadie ese millón y

medio de parados que no reciben ninguna prestación, ninguna. Fíjense, señorías: sube el paro, pero baja el porcentaje de los que reciben algún tipo de prestación por desempleo: en este último año la tasa de cobertura ha bajado casi diez puntos, al pasar del 79,4% al 70%.

No voy a repetir aquí el debate pasado porque si no quiso escucharlo entonces, no querrá escucharlo ahora.

Es inútil que el señor Rodríguez Zapatero se moleste en insistir, porque esos adornos —que no son ciertos— no le servirían de excusa ni aunque lo fueran. Su pregonada política social ni corrige ni consuela sus estragos económicos.

No debiera el señor Rodríguez Zapatero malgastar su tiempo en evasivas, porque no le voy a seguir por ese camino. Ni yo, ni nadie. Ha perdido crédito hasta para las excusas.

Pero esta no es la cuestión, señorías.

En España, repito, no se discute si estamos mal, si estamos peor, o si se han devaluado las excusas, los apaños y las promesas. Todo eso está al cabo de la calle.

4. Esta es la cuestión

¿Cuál es la cuestión?

Si las cosas son como digo, como las cifras del Gobierno las muestran, como los españoles las sufren.

Si está demostrado que este Gobierno no hace sino empeorar las cosas.

Si no queda por delante tiempo útil ni siquiera para rectificar.

¿Por qué el señor Rodríguez Zapatero prolonga esta calamidad?

Esta es la cuestión que hoy nos ocupa, señorías. Esto es lo que todo el mundo se pregunta aquí y en las plazas y en los hogares y en todas partes:

¿Hasta cuándo se propone el señor Rodríguez Zapatero imponer a los españoles este calvario estéril, esta lenta agonía?

La pregunta inmediata es: ¿acaso los españoles tienen algo bueno que esperar todavía de este gobierno?

¿Y por qué habrían de esperarlo si ya han visto, año tras año, lo que es capaz de hacer y de no hacer?

Es de sentido común, señorías, que tras siete años de gobierno no haya más garantía para los aciertos y desaciertos del futuro que los aciertos y desaciertos del pasado. Otra cosa sería buscar apoyo en la magia o esperanza en los milagros.

Para juzgar a un arquitecto no nos fiamos sin más de sus palabras. Juzgamos por las obras que ha realizado.

La propia gestión del señor Rodríguez Zapatero, esos mil nuevos parados que acumula cada día en este último año, expresan elocuentemente qué es lo que podemos esperar de él en el futuro.

Si hace un año con más de cuatro millones y medio de parados debió dejarlo, ahora que casi alcanza los cinco millones, ¿qué se puede pedir?

Si hace un año —cuando aún conservaba un resto de confianza entre

algunos ciudadanos— debió dejarlo, ahora que los españoles le han dicho abrumadoramente que no votan a su partido porque de él no esperan ningún remedio, ¿qué debemos decir?

Como esto no lo puede negar, ¿qué alega el señor Rodríguez Zapatero?

Nos dice que se siente obligado a completar las reformas que España necesita.

Nos dice, como quien se agarra a un clavo ardiendo, que se trata de una tarea inaplazable cuya interrupción no acarrearía más que perjuicios.

Nos dice que merece la pena continuar porque los resultados están al alcance de la mano.

Eso dice.

Resulta que, después de rechazar durante años las reformas, después de regalarnos toda clase de descalificaciones por reclamarlas, después de no ponerse manos a la obra hasta que se le obligó desde fuera… resulta que ahora, hoy, son inaplazables.

Y resulta que el señor Rodríguez Zapatero —el que no las quería, el que no acaba de entenderlas, el que camina sobre ellas como quien pisa hielo quebradizo— es quien nos las garantiza

hoy, a pocos meses del cierre de la Legislatura.

Por ejemplo, esta mañana el señor Rodríguez Zapatero ha hecho unos anuncios sobre los que nos resulta imposible establecer criterio simple y llanamente porque no ha concretado nada.

Además, algunas propuestas de mi grupo sobre estas cuestiones contaron en su día con su voto en contra, cuando no con su veto.

Me refiero a las medidas para evitar la morosidad de los ayuntamientos o a diferentes iniciativas sobre emprendedores.

¿Es cierto que las reformas son necesarias? Sí. Sin duda.

¿Es cierto que el señor Rodríguez Zapatero las vaya a realizar? No. También sin duda.

¿Es cierto que las elecciones perjudiquen el cumplimiento de las reformas? Todo lo contrario.

Pero dejemos las elecciones a un lado.

¿Cabría esperar, aunque no hubiera elecciones, que el señor Rodríguez Zapatero realizara las reformas que tanto ensalza?

En mi opinión, no.

¿Por qué? Por la misma razón por la que no lo ha hecho hasta hoy.

- El sucedáneo de reforma laboral no ha funcionado. Cerca de 300.000 parados más desde su aprobación lo demuestran.

- La reforma del sistema financiero: lleva aprobados 6 Reales Decretos-Ley y continúa sin consumarse.

- La reforma de las pensiones: todavía es un proyecto en tramitación.

- Y, por último, en la reforma de la negociación colectiva, ya tuvimos ocasión de asistir a un grotesco espectáculo el pasado miércoles, para sacar adelante una manifiesta improvisación sobre un Decreto que sólo ha apoyado el Grupo

Parlamentario Socialista, que ni gusta a nadie, ni sirve para lo que se pretende.

Señorías, son necesarias las reformas, pero hay que hacerlas de verdad.

Al señor Rodríguez Zapatero le ha costado una eternidad comenzarlas, y no ha completado con éxito ninguna.

La propia Unión Europea le ha dicho que no ha culminado con éxito las reformas que necesita el país.

Es muy difícil que las haga quien presenta unos simples retales como si se tratara de grandes conquistas. Es imposible que complete las reformas quien ni siquiera tiene conciencia de que están incompletas.

Ni con elecciones, ni sin elecciones, señorías.

Todas

Y es preciso hacerlas todas.

Hay más reformas en el cajón del Gobierno que encima de la mesa.

¿Qué ocurre con la reforma fiscal para las PYMES, la reforma del sistema financiero, el límite de gasto para las administraciones públicas, la coordinación entre las distintas administraciones…?

¿Para cuándo las reformas que afectan a la competitividad, a la educación, a la energía, a la unidad de mercado…?

O se aceptan las reformas o se rechazan, pero todas, sin pretender componendas, ni equilibrios, ni buscar apaños para salir del paso. No es eso lo que necesita España.

Esto es como la guitarra, señorías: o se afinan las seis cuerdas o la guitarra sigue desafinada.

Hay que hacerlas, hay que hacerlas de verdad y hay que hacerlas todas.

¿Por qué debemos suponer que el señor Rodríguez Zapatero va a realizar

en seis meses lo que no ha podido -o no ha querido-, o no le ha convenido hacer en estos años?

Y no necesito traer aquí otros argumentos que están en la calle y que se refieren a la fragilidad de este Gobierno, su bicefalia, su carencia de autoridad, su provisionalidad…

No necesito tocar nada de esto porque hay algo que importa mucho más: la falta de confianza.

7. Falta lo fundamental. Confianza.

Señorías, ¿de qué le sirve al señor Rodríguez Zapatero alegar ahora que

continúa porque quiere consolidar la recuperación y la creación de empleo?

¿De veras cree que pueda haber quien lo tome en serio?

Si alguien cuenta hoy a los españoles que este nublado que nos agobia, lejos de crecer, se va deshaciendo ya por los aires, todos dirán que esa persona o padece un grave defecto de la vista o pretende engañarnos.

Es un hecho que al señor Rodríguez Zapatero no le queda crédito ni siquiera para repartir promesas o sembrar esperanzas.

Si hay algo que caracterice a su política, es esa capacidad inagotable que muestra para resolver todos los problemas en un futuro, que siempre está al caer, pero que nunca llega. Es la nueva versión del *"vuelva usted mañana",* aplicada a los engorros y a las dificultades.

Han sido tantos los "*brotes verdes"*, tantas las "*luces al final del túnel"*, tantos los "*baches coyunturales"* que, ni aún con las infinitas ganas que tienen los españoles de creérselo, se lo creen ya.

Es natural: ¿acaso no recuerdan que, cuando el señor Rodríguez Zapatero ni

siquiera había reconocido la crisis, ya estaba vaticinando su final?

Nadie ya, ni en el Gobierno, ni en el Partido Socialista puede sembrar esperanzas sólidas porque han dejado el campo plagado de escarmientos.

Nada refleja mejor la desconfianza ante este Gobierno que ese hierro al rojo que marca el diferencial de nuestra deuda.

Hoy, como antes señalaba era de 277. El día que el señor Rodríguez Zapatero empezó a gobernar, el diferencial de nuestra deuda era de cero puntos.

Nos cobran por el riesgo, señorías, pagamos por la desconfianza.

No hablo de metafísica. Hablo de una desconfianza que se traduce en intereses, esos intereses de la deuda que el señor Rodríguez Zapatero nos lega y que tendremos que seguir pagando entre todos, muchos años después de que el recuerdo de su gobierno se haya diluido en el tiempo.

Hablo de un recelo mensurable que ha crecido al mismo ritmo desaforado de nuestra deuda, que se reafirma cada día a la vista de una política ineficaz, de un abultado déficit público, y de un nivel de paro incompatible con la solvencia económica.

No estoy refiriendo nada que no esté en la memoria o a la vista de todo el mundo.

De aquí brota esa incertidumbre que convierte nuestra situación en un círculo vicioso en el que, como dicen en la calle, “la gente no paga, los bancos no prestan”.

En estas condiciones ni las mejores reformas podrían ser eficaces. ¿De qué le sirve a un empresario la reforma laboral si no cobra de sus acreedores y el banco no le presta? ¿De qué le sirve?

La confianza es indispensable señorías, indispensable para la imagen exterior, para el crédito, para los riesgos, para que se acepten los esfuerzos, para que los sacrificios tengan sentido y puedan producir frutos. In-dis-pen-sa-ble.

Pues bien, señorías, el señor Rodríguez Zapatero, como es sabido, no la tiene. Ni la de los mercados ni la de los españoles.

Ni tiene la confianza, ni puede recuperarla en cuatro meses.

La confianza es un bien frágil que no se puede reconstruir.

Es imposible que el señor Rodríguez Zapatero corrija esa montaña de suspicacias y prevenciones que ha levantado el propio señor Rodríguez Zapatero.

Tiene la desconfianza en estado irreversible.

Y eso convierte al señor Rodríguez Zapatero y a su Gobierno, no en un instrumento para la salida de la crisis, sino en un lastre.

8. La única salida

Las alternativas, pues, no son como el señor Rodríguez Zapatero propone: o

consolidar la recuperación o interrumpirla convocando elecciones.

La recuperación que anuncia no se percibe ni por indicios, y las elecciones lejos de interrumpir nada, abren la puerta a un tiempo nuevo que, por serlo, permita recuperar la confianza e iniciar una política eficaz.

El señor Rodríguez Zapatero pretende condenarnos a un tiempo perdido, con un Gobierno a la deriva, que no cuenta con la confianza ni de los mercados ni de los españoles, que elude el compromiso de gobernar en serio, que tiene un ojo puesto en las próximas elecciones y que,

para decirlo todo de una vez, no es más que una sombra de Gobierno.

Lo que necesita España y reclaman los españoles, es que se abran las urnas y que los ciudadanos puedan escoger no tanto quién les gobierna, sino a quién trasladan esa confianza que este gobierno ha malgastado.

Y no lo digo yo solamente. En todas las encuestas hay una clara mayoría que demanda un adelanto electoral. Hasta en el Partido Socialista surgen voces que apoyan la conveniencia de adelantar las elecciones.

No hay otro camino, señorías.

En realidad, lo único que se discute es la fecha.

La fecha, señorías, una hoja de calendario es lo que separa a los españoles que claman "¡Ya está bien!", de un señor Rodríguez Zapatero que responde "Todavía no".

Y no me diga nadie que unos pocos meses no van a ninguna parte, porque no es verdad.

Como argumento para quitarle importancia al retraso del señor Rodríguez Zapatero suena muy flojo.

El factor tiempo es importantísimo en la situación española porque hay cosas que cuanto más tarde se aborden, peor estarán. Hay momentos, en el terreno económico, en los que el factor tiempo se convierte en una variable crítica. Pues bien, este es uno de esos momentos

Cuanto más días se dejen pasar, tendremos más paro, más deuda, más dificultades, más desánimo.

Importa el tiempo, importan las oportunidades, importa que, cuanto antes, los españoles puedan hacer inventario y balance para iniciar un tiempo nuevo.

9. La responsabilidad es suya.

Es evidente, como señala la Constitución, que la facultad de disolver las Cortes corresponde exclusivamente al señor Rodríguez Zapatero.

Es suya la facultad de hacerlo, pero también la responsabilidad de no hacerlo.

La ley le permite aferrarse a su escaño, le permite no gobernar, le permite impedir que otros lo hagan, le permite no escuchar lo que reclaman a diario los españoles.

Así es la ley en su interpretación literal y ésa es la fuerza del señor Rodríguez Zapatero.

Su debilidad consiste, precisamente, en que no le ampara más que la ley, porque no cuenta con la confianza de la sociedad y porque gobierna contra los deseos de la mayoría de los españoles.

En resumen, señorías:

No se trata en este último debate de la legislatura de discutir sobre si la situación española es buena o mala, mejor o peor que hace un año. Ni siquiera sería cuestión de hacer un balance global sobre los resultados de estos años y su correspondencia con el debate de investidura que se celebramos en esta Cámara en abril de 2008.

No voy a traer a esta Cámara promesas del señor Rodríguez Zapatero como la de que ésta iba a ser la legislatura del pleno empleo. O aquella otra afirmación suya en esta Cámara, con ocasión del ya citado debate de investidura celebrado el 8 de abril de 2008 según la cual "*la repercusión de la crisis mundial sobre nuestra economía está amortiguada porque nuestro país afronta esta coyuntura en buena situación, con unos fundamentos económicos sólidos*". Simplemente, señorías, les recordaré unos datos: respecto al año 2008, se han destruido dos millones doscientos cincuenta mil puestos de trabajo. El desempleo ha aumentado en dos millones setecientos treinta y seis mil parados. Los afiliados a

la seguridad social se han reducido en más de un millón setecientos mil. Han desaparecido más de trescientos mil trabajadores autónomos y han desaparecido ciento cincuenta y cinco mil empresas inscritas en la Seguridad Social.

Todo esto por no mencionar la congelación de las pensiones, la reducción del sueldo de los funcionarios y otras medidas que, por estar en la memoria de todos, no es necesario recordar.

La cuestión es si hemos de prolongar este calvario o debemos buscar la única

solución eficaz adelantando las elecciones.

El señor Rodríguez Zapatero dice que la ley le ampara y que está dispuesto a continuar hasta el último minuto para garantizar la recuperación de la economía y del empleo.

Yo digo que ni su pasado le avala, ni cuenta con la confianza indispensable, ni hay motivos para esperar que las cosas cambien.

El señor Rodríguez Zapatero dice que cuatro meses no van a ninguna parte y yo digo que servirán para dejar las cosas peor.

Al señor Rodríguez Zapatero no le parece que España tenga prisa.

Yo digo que el tiempo apremia y que España no necesita más experimentos, sino un gobierno nuevo en un tiempo nuevo.

Así es como veo yo las cosas.

Señorías, el señor Rodríguez Zapatero nos ha recordado esta mañana que el que hoy desarrollamos será su último Debate sobre el estado de la Nación. Por eso quiero reiterarle el respeto y la consideración a su persona, que él sabe que le profeso, y aprovechar esta

circunstancia para expresarle mis mejores deseos para su futuro personal y familiar.

Y termino ya, en una democracia, señorías, la confianza se renueva en las urnas y España se merece un gobierno que pueda estrenar una confianza nueva, que diga la verdad, y sepa elaborar un plan, atraer inversiones y despejar el horizonte.

No diré que baste con renovar el gobierno para solucionar los problemas. No basta.

Tampoco diré que sea tarea fácil.

No será fácil.

Al contrario: lograr que los españoles pongan el pie en la senda de la

recuperación me parece una obra titánica.

Lo que digo es que España quiere hacerlo, que se puede hacer, y que, como se puede hacer, tenemos el deber moral de hacerlo y lo haremos tan pronto como los españoles lo decidan y el señor Rodríguez Zapatero lo permita.

Nada más y muchas gracias, señorías.